

TERREMOTO

por Cristián Urzúa Infante, Periodista

Profesor de Derecho de la Información, Universidad Andrés Bello de Santiago-Chile

A las 3.34 horas exactas de la madrugada del sábado 27 de febrero, por casi noventa segundos, un terremoto –el quinto de mayor magnitud desde que existen registros sísmicos en el mundo– sacudió a gran parte de Chile. Su epicentro en Copquecura, a 150 kilómetros de la ciudad de Concepción, lugar que quedó literalmente por los suelos.

El terremoto, que demostró que en Chile estos son cíclicos –cada 20 o 25 años sucede uno–, afectó al 80% de la población, concentrada en las seis regiones de la zona centro-sur donde golpeó el sismo.

Y como si no fuera suficiente, tres gigantescas olas barrieron los pueblos de la costa, provocando el caos final.

La fuerza destructora de este terremoto, ocurrido un mes después que el de Haití, fue 31 veces más fuerte y liberó 178 veces más cantidad de energía que el del país antillano: fue el equivalente a 100 mil bombas atómicas como las lanzadas en Hiroshima en 1945.

Y el resultado está, poco a poco, aflorando: van casi 500 muertos y no hay un cálculo oficial de desaparecidos. Miles de viviendas destruidas, y otro tanto inhabitables. Un millón de damnificados. Y otro tanto que se espera en cuanto a enfermos por la falta de vacunas y remedios.

La enseñanza

Evidentemente, las cosas nunca van a volver a la normalidad: hay que reconstruir. Y la reconstrucción, como toda acción que se precie de tal, tiene dos efectos: aumentar los recuerdos del pasado y volver a las personas nostálgicas; e incrementar la ansiedad producida por la esperanza en regresar a un estado de tranquilidad tanto material como espiritual.

Pero, ¿qué lecciones se deben sacar cuando se observan las imágenes de terrenos devastados como si se tratara de una guerra? Por el momento, que el heroísmo es mayor que la estupidez que pretende obtener escuálidas ventajas políticas, sociales o económicas: miles de estudiantes universitarios (incluso antes que el Gobierno y las Fuerzas Armadas, que demoraron al menos 24 horas en ponerse en campaña) fueron los primeros en reaccionar y organizar ayuda.

Centros de acopio de alimentos, materiales médicos y ropa en universidades, colegios e iglesias. Espontáneas caravanas de vehículos manejados por muchachos de 18 o 19 años dirigiéndose a las localidades afectadas. Estudiantes de medicina, enfermería, odontología, kinesiología, ingeniería, derecho, arquitectura y psicología –y cientos de otras carreras más de las que abundan en Chile– partieron en la semana a colaborar, a dar su tiempo, sus fuerzas y su seguridad en pos de la Patria. Sin importarles nada. Sólo para ayudar.

Y otra lección, que la solidaridad no tiene fin. Una improvisada y maratónica Teletón que congregó a empresarios, actores, políticos y ciudadanos de los de a pie consiguió reunir, en apenas 24 horas, la nada despreciable suma de más de 30 mil millones de pesos, equivalente a más de 40 millones de euros.

Y mientras se suceden una tras otra réplicas del terremoto en grados que promedian los 5.0 de Richter y terminan por derribar lo poco que queda en pie en las zonas devastadas, la voz y la

acción de las familias y las empresas: “Fuerza Chile!” es la frase que se lee en diarios, carteles improvisados que cuelgan en pequeños comercios, en vidrios de automóviles y se repite como un *mantra* por las calles.

El heroísmo

Historias de heroísmo: una niña de 12 años –Martina Maturana– en la Isla de Juan Fernández despierta por los temblores y, al salir a mirar al mar, lo ve revuelto y formándose a lo lejos grandes olas. Entonces corre a dar la voz de alerta sin la cual los isleños habrían muerto ahogados.

Un pescador en la costa de Concepción toma su bote a remos y se lanza a rescatar a los lugareños de una caleta vecina, y los va sacando en grupos de diez, una y otra vez, hasta que una ola da vuelta a su pequeño bote y desaparece.

Dos mineros de Lota –Héctor Solís y Mario Albornoz– al sentir el terremoto salen de sus casas y llegan corriendo al hospital para ayudar a evacuar a los enfermos, hasta que una pared colapsa y se desploma sobre de ellos.

En Constitución, dos amigos –Pedro Muñoz y Osvaldo Gómez- logran rescatar a una veintena de personas varadas en una isla en medio del río Maule, antes que el tsunami arrastre sus cuerpos doce kilómetros río arriba.

La tecnología al servicio

En las redes sociales por internet, la fotografía más recurrente del desastre es la de un hombre que, en medio de un terreno lleno de escombros, sostiene una rasgada bandera chilena.

Y nuevamente fueron los jóvenes los primeros en colaborar: las listas de heridos, muertos y desaparecidos comenzaron a circular antes que la Onemi (organismo de emergencias del Estado) o incluso el Ministerio de Interior, tuviera informaciones concretas. Por mail. Por Facebook. Por Twitter. Por Sonico y Netlog.

Herramientas electrónicas que consisten en la simple suma de ceros y unos que dieron los avisos de sobrevivencia. Y que dieron a conocer los lugares de acopio de alimentos. De medicinas y ropas. Los albergues y sus capacidades. Las cuentas corrientes de municipios afectados y de las primeras organizaciones que clamaban por voluntarios: de Caritas-Chile. Del Hogar de Cristo. De Un Techo para Chile.

La esperanza

Un sacerdote, una semana después del terremoto, preguntó en una prédica en una capilla de Santiago si volvería todo a la normalidad. Sí, fue la respuesta silenciosa de los asistentes.

Hay planes de reconstrucción, fondos especiales asegurados. Nombres de personas que estarán a cargo de las obras. Proyectos de ley para comprometer orden en el caos. Hasta dos comisiones investigadoras de la Cámara de Diputados sobre el accionar de los organismos públicos. Y canciones disponibles en internet.: De Calle Latina, de Boyz, y de los Huasos del Agarrobal (con letra del padre Joaquín Allende, presidente de Ayuda a la Iglesia que Sufre), y un estribillo religioso apuntando a la necesidad de construir en roca: *“Mi Chile, tierra dolida, con tu geografía loca, nos estremeces la vida. Sabes tú ¿cuál es la roca?”*.

Frente a todo esto, sólo queda ayudar y esperar.